

PADRES E HIJOS

INFORMACION FAMILIAR DE LA DIVISION DE ASISTENCIA A LA FORMACION
SUPLEMENTO DE "AGUAYRO" N° -15- MAYO 1975

LOS JOVENES Y EL DINERO

Las cosas podrían haber sido de otra manera. Pero el hecho es que el dinero ha llegado a tener un lugar preminente en nuestra sociedad. Gran parte de la vida del hombre y gran parte de sus preocupaciones están polarizadas por este tema: ganar dinero. Otra parte de su tiempo y de sus preocupaciones consiste en gastarlo. Concedamos que esta segunda actividad consume menos tiempo y preocupaciones, en unos casos (bastante numerosos), porque la satisfacción de las necesidades más perentorias se lleva consigo el escaso dinero ganado; en otros casos, porque una eficiente propaganda al servicio de un consumismo injustificado moviliza rápidamente el dinero obtenido. En todo caso, los títulos de libertad y seguridad que en una determinada situación histórica produce la posesión del dinero se volatilizan, quemándose en aras de la necesidad o del consumismo.

Saber usar el dinero, ser libre ante una propaganda consumista, no esclavizarse en su honor, es el problema que se plantea al hombre de hoy dentro de nuestra sociedad. Y, al decir "el hombre de hoy", no cabe pensar sólo en los adultos, es decir, en aquellos que están plenamente insertos en el engranaje de una sociedad de producción y consumo; hay que pensar en los adolescentes y en los jóvenes, quienes, aunque no están integrados en la sociedad de producción, lo están (y mucho más de lo que parece) en la sociedad de consumo.

"Cinco mil millones de francos nuevos por año es el presupuesto del que disponen los jóvenes franceses de quince a veinte años", si damos fe a un reciente sondeo de opinión. Si estas cifras nos asombran, no hay más que echar una ojeada a los países vecinos: de trescientos a quinientos millones de marcos por mes, es decir, de tres a cuatro mil millones de marcos por año, manifiestan el poder adquisitivo de los adolescentes de Alemania occidental. En Gran Bretaña, los 7.500.000 teenagers gastan tres millones de libras esterlinas al día, o sea, mil millones de libras al año..." (Luois Raillon, "El dinero, problema educativo". Barcelona, Herder, 1969, pag. 11). Observemos que

las cifras se refieren a 1966, es decir, hace casi 10 años; lo cual significa que las cifras de hoy serían mucho más elevadas. No tenemos a mano estudios que muestren lo que gastan en España hoy día los adolescentes; pero, sin duda, se trataría de cifras importantes.

¿En qué gastan los adolescentes esos millones de dólares, de marcos o de pesetas? Estudios realizados en otros países nos muestran una gama no excesivamente amplia de gastos, todos ellos con el común denominador de superfluos en la terminología de una sociedad menos consumista. "La joven americana dedica su dinero de bolsillo a la adquisición de bolsos, vestidos y artículos de belleza; en segundo lugar, en distracciones. En Suecia los adolescentes compran más del 50% de los artículos de lujo. Los jóvenes figuran entre los mayores compradores de tocadiscos, radios portátiles, artículos de deporte. En Francia el dinero de bolsillo se destina principalmente a las diversiones; los jóvenes de quince a diecisiete años gastan mensualmente un promedio de doce francos sólo en el cine. Los sesenta y siete editores de publicaciones para jóvenes totalizan una cifra de ventas anual de cinco mil millones de francos" (ibid.).

El adolescente, por otra parte, no actúa sólo como cliente directo, sino que influye sobre las adquisiciones de sus padres y de los adultos en general. Un estudio americano pone de manifiesto la influencia de los muchachos en la elección del automóvil familiar, y la de las muchachas en la compra de mobiliario y artículos domésticos. Los jóvenes americanos son los que han salvado la industria del cine; ellos son también los pilares de la industria del disco.

Todos estos datos y cifras solo vienen a subrayar un hecho que todos podemos apreciar en nuestro entorno: el hecho de que los jóvenes, aunque no estén integrados en el engranaje de una sociedad de producción, están inmersos en el engranaje de una sociedad de consumo. El dinero y su utilización no son cosa exclusiva de los adultos. El dinero no es ya un dominio reservado: los jóvenes son también consumidores y desempeñan un papel en la economía. Y, sin embargo, la educación que reciben los jóvenes, continuando la trayectoria del siglo XIX, no se interesa ni en el dinero que gastan, ni en el dinero que ven manejar a su alrededor, ni en los problemas económicos.

¿Es admisible esta abstención? ¿Puede la educación olvidarse de la situación real de los adolescentes en este concreto aspecto económico, entre otros? ¿No deben afrontar los educadores la tarea de orientar al niño en esta faceta de sus

relaciones económicas? Sinceramente creemos que sí. Y el primer paso en esta tarea consistiría en la búsqueda de formas y modos para esta orientación.

No es ésta una tarea que se pueda emprender

en el marco de unas pocas páginas. Nuestra intención, más modesta, es la de difundir algunos criterios educativos en orden a la recta utilización del dinero por parte de estos jóvenes, hoy miembros activos de nuestra sociedad.

LA EDUCACION DE LOS ASPECTOS ECONOMICOS EN LA INFANCIA

El fin primordial de la educación es potenciar la libertad responsable del hombre. El fin primordial de una educación de la dimensión económica será el potenciar la libertad y responsabilidad del hombre en el uso del dinero y en sus relaciones económicas. Esta potenciación no se logra con unas enseñanzas teóricas. A ser libre se aprende ejerciendo la libertad y la responsabilidad; primero en situaciones experimentales controladas y orientadas por el educador; después, en las situaciones reales que plantea la propia vida.

La actitud de los padres, en orden al suministro de dinero a sus hijos, excepción hecha de los que han resuelto bien el problema, ha sido esencialmente esta:

1. - La de no suministrar, simplemente por que piensan que en casa tienen todo lo que necesitan y deben consumir.

2. - La de suministrar sin orden ni concierto.

Ninguna de las dos actitudes es adecuada. La primera ignora, aparte de las necesidades, reales o condicionadas por la convivencia con otros niños, compañeros de su hijo, la conveniencia de educar al niño para las relaciones económicas, en las que posteriormente se hallará envuelto. La segunda actitud descuida el control y la orientación que debe ejercerse sobre el comportamiento del niño. Ni debemos reprimir las necesidades del sujeto, ni tampoco descondicionarlo tanto que, a la larga sea nocivo para su formación.

Como en todo, la virtud también se halla aquí en el medio. Se deben proporcionar al niño los medios suficientes para que aprenda a desenvolverse en el contexto económico en el que se halla ya inmerso, y se debe controlar y orientar su conducta para que adquiera unos hábitos económicos rectos.

Los problemas que esto puede presentar al padre o educador se refieren a la edad en la que se debe comenzar a dar dinero al niño, a la cantidad que se le debe proporcionar, al control que se debe llevar.

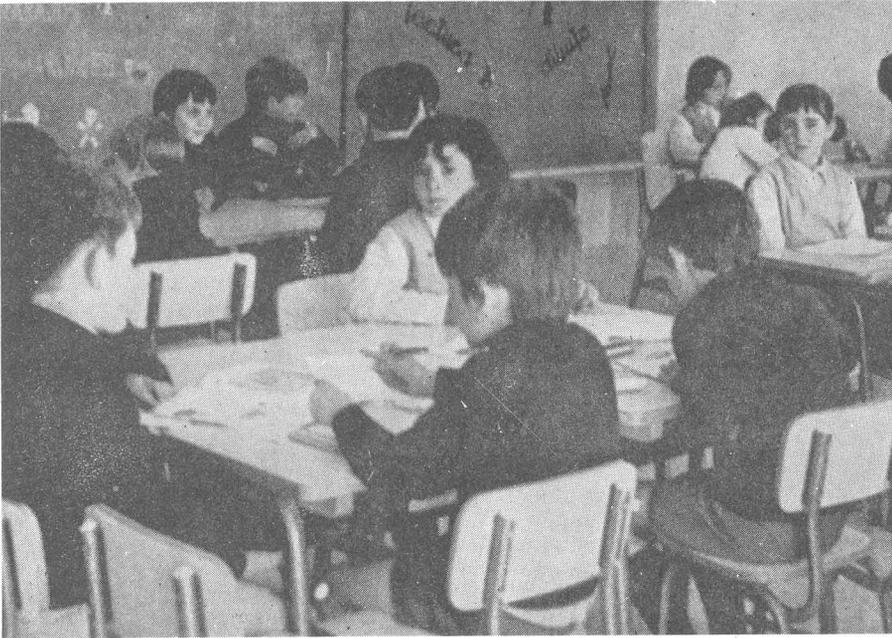
En cuanto a la edad, no se puede dar una norma absoluta. Dependerá en gran parte de las circunstancias. En las grandes ciudades no es lo mismo que en los pueblos pequeños. Cuando un niño debe usar los medios de transporte colectivos, adquirir su merienda, etc. debe ser el mismo niño quien administre su propio presupuesto. Que nadie tema que es demasiado pronto y que haya que retrasar la entrega de dinero. Cuanto más pronto aprenda el niño a administrarse, a saber valorar de modo realista sus medios, a saber decidir entre sus múltiples necesidades o deseos, tanto menos caerá en la tentación del engaño para obtener dinero de sus padres.

En cuanto al segundo problema, ¿cuánto dinero se debe dar a los chicos?, la respuesta es similar a la anterior. Depende de los fines, las necesidades y la edad de los mismos. Debe ser la suficiente como para que podamos com-

probar si realmente hacen bien sus inversiones o no. Si le ofrecemos excesivamente poco, le impedimos su acción y decisión económica. Si se le proporciona en cantidades excesivas, se le impide la posibilidad de elegir responsablemente.

Ocurre a veces, en padres adinerados o de economía desahogada, que el dinero se distribuye a los hijos con profusión. No es extraño el caso de encontrar a un niño que no sabe ya que comprar con su dinero; tal puede en casos llegar a ser el estado de intoxicación económica. Los peligros del chico a quien le sobra dinero sistemáticamente se traducen en desinterés por todo y en fracasos futuros infalibles.

El tercer aspecto que hemos señalado es el del control y la orientación de la conducta económica del niño. No basta con darle el dinero adecuado; los padres deben también controlar los gastos y el empleo que sus hijos dan a las cantidades que han recibido. La periodicidad de este control varía con la edad. En los más pequeños, que son todavía incapaces de prever necesidades relativamente futuras, la asignación y el subsiguiente control deberán ser diarios. Conforme van creciendo las asignaciones y los controles pueden hacerse semanales y aun mensuales. Lo importante es el cómo se lleva a cabo el control y la evaluación de la administración llevada a cabo por el niño, para poder hacer las consiguientes orientaciones y rectificaciones.



Si, al principio, el dinero no ha sido todo lo bien empleado que esperaba el padre, no será una reacción adecuada la censura o el castigo. La actitud más correcta será la de comprender y orientar hasta obtener un comportamiento económico ajustado.

Cuando el niño ha superado esta etapa de ajuste, es muy aconsejable establecer un presupuesto que le sirva para satisfacer, no sólo ya las necesidades, sino también los caprichos normales de la adolescencia y juventud, de una manera realista y con una adecuada distribución de su dinero. El adolescente y el joven son capaces, cada vez más, de prever necesidades o deseos futuros y de adecuar sus posibilidades al logro de aquellos. Desde el momento en que una planificación realista impere sobre el deseo espontáneo e ingenuo, el adolescente podrá considerarse educado, en fomentar determinaciones libres nacidas de la interiorización de criterios realistas.

Existe un aspecto, que no hemos citado aun, pero que no puede ser olvidado en el terreno de la educación económica del niño; es la acción de la misma economía familiar. La cantidad asignada al niño depende naturalmente de la situación económica de la familia. Y ésto puede crear con-

flictos en el niño, cuando, intentando emular los gastos de sus compañeros de colegio o de pandilla, se encuentra con un presupuesto inferior al de aquellos. Este problema del niño se transfiere normalmente a los padres, quienes pueden sentirse tentados a actuar de una de estas dos maneras contradictorias; ocultando ante el niño la situación económica familiar o exagerando las dificultades económicas de la familia.

Hay padres que angustian a sus hijos con las limitaciones del presupuesto familiar, justamente en una edad en que los niños piensan que los recursos de los padres son inacabables. Una insuficiencia económica frecuentemente preconizada incuba inseguridad y conflictos. No resulta, pues, muy adecuada esta actitud agobiadora.

Pero tampoco es adecuado el ocultar a los hijos la real situación familiar. Un desconocimiento de ésta por parte del niño solo conseguiría hacerle vivir en un cielo del cual vendría a despertarle duramente su propio desarrollo.

Una pedagogía correcta pasa por el realismo, por el conocimiento de la propia situación, no deformada por la angustia ni olvidada por una activa ocultación paterna.

J. P. G.

RENDIMIENTO ESCOLAR Y PREMIOS

A menudo resulta curioso e interesante asistir a diálogos entre padres, que tienen niños en edad escolar, acerca de cómo premiar los progresos de sus hijos en la escuela. Todo padre es consciente de la necesidad de poner incentivos al trabajo escolar de sus hijos. El niño no ve la utilidad última de sus esfuerzos y sus pequeños sinsabores; por lo cual es necesario recompensar estos esfuerzos con el premio más o menos inmediato.

Algunos padres optan por los premios en metálico. Las buenas notas mensuales llevan aparejadas su compensación económica. No se puede decir que esta modalidad sea intrínsecamente mala; pero tiene el peligro de ser malinterpretada por el niño. Caricaturescamente podríamos imaginarnos a D. José, padre, tras su mesa de despacho, pagando religiosamente a su hijo, Antonio, por el boletín de notas, que éste presenta, a razón de diez pesetas por sobresaliente, cinco por notable y dos pesetas por cada "bien" obtenido. Se ha establecido previamente una escala, según la cual cada nota corresponde una cantidad de dinero; por supuesto, si las calificaciones son bajas, Antonio queda penado, es decir, no se le da dinero.

Lo que hace inadecuado este proceder es que, tal vez, en lugar de premiar un esfuerzo, lo que el padre hace es comprar una mercancía: las notas escolares. Y este matiz es captado por el niño, que comienza a confundir su esfuerzo personal, el rendimiento que obtiene, y la compensación económica que recibe por aquel. Cuando reflexione, el niño se preguntará por qué estudiaba, por qué aguantaba a aquel profesor y la disciplina del colegio; la respuesta que el condicionamiento le sugerirá es la compensación económica recibida. Y como esta compensación le necesita para satisfacer sus caprichos, acabará por acceder al



chantaje que se le hace y por trabajar sólo por aquélla.

Quizás esto no parezca excesivamente grave en un mundo en el que la motivación fundamental para el trabajo es el dinero. Pero si ya en el niño se condiciona esta mentalidad, no deberemos extrañarnos si este mismo niño, convertido en adulto, es incapaz de un trabajo liberal, de un goce en el aprender y en el vivir espiritual.

Que el niño debe ser educado como productor de riqueza y no sólo como consumidor, nadie lo pondría en duda. El niño debe aprender, no sólo a gastar, sino a ganar el dinero. El hecho de que sea antes consumidor que productor no significa que no haya de ser orientado sobre esta otra faceta de la actividad económica. Pero esta orientación no puede pasar por ordenar a la adquisición de dinero una dimensión y una actividad tan humana e invendible como es la propia educación y el propio esfuerzo por aprender. Hay otros medios para adquirir esta orientación, como puede ser, en primer lugar el ejemplo del padre trabajador, o la compensación por pequeñas actividades del niño que tengan como objeto ayudar al conjunto de la familia: los pequeños servicios que el niño hace a sus padres. El esfuerzo que debe realizar le hará descubrir el valor de lo que obtiene. Pero esos pequeños esfuerzos no comprometen esa zona tan personal y espiritual, como es el proceso de la propia formación.

ESCENAS FAMILIARES

CUADRO 1.-

Alfredo es un chico de inteligencia mediana, pero enormemente trabajador. Realiza 5º curso de bachillerato y sus notas siempre son excelentes. Sólo él sabe el esfuerzo y sacrificio que ha de poner para obtener esas calificaciones.

Los papás de Alfredo están, lógicamente, muy orgullosos de su hijo. Lo malo es que este orgullo sólo lo exteriorizan ante los demás, pero nunca tienen una palabra de aliento y felicitación para el hijo. Creen que el hijo es "un genio" y su obligación es "sacar buenas notas".

CUADRO 2.-

En las últimas calificaciones de curso Alfredo ha obtenido seis sobresalientes y un notable. Está muy contento de esos magníficos resultados. Corre a su casa, después de recibir las felicitaciones de sus profesores, de sus compañeros. Enseña las calificaciones a sus padres y espera impaciente la única felicitación que le interesa y necesita. Tras un examen minucioso de las notas, su padre habla:

-¿Por qué no has obtenido sobresaliente en esta asignatura?

CUADRO 3.-

Durante el primer trimestre del curso 6º, Alfredo ha seguido su brillante trayectoria de calificaciones, desde luego, sin escuchar una sola felicitación de sus padres. Para Alfredo esto constituye ya un problema serio: él desearía fervientemente que sus padres reconociesen que "no es un genio", sino que sus buenas calificaciones son debidas fundamentalmente a su esfuerzo personal.

Comienza a estar triste e irritable. Su comportamiento se aleja bastante de su modo habitual de obrar: no quiere salir con nadie. Siempre está pensando. No quiere contar nada a sus padres.

CUADRO 4.-

Alfredo cree haber encontrado la solución a sus problemas. No quiere sufrir más: ¡Ya tiene la solución!

En la última evaluación de 6º ha conseguido obtener varias asignaturas con una calificación de aprobado o suficiente y otras dos con una calificación de "insuficiente".

Con el boletín de calificaciones en la mano marcha tranquilamente hacia su casa. En su semblante hay una expresión de paz y algún brillo de venganza.

PAFER

CONSEJO REDACTOR DE PADRES E HIJOS

Francisco Fernández Pozar
Amparo Millán Delso
José Miguel Sabater Rillo
Victor Manuel Ortiz Aldecoa